



A los líderes de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana

Con profundo agrado doy la bienvenida al Vaticano a los líderes de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana, y saludo especialmente a vuestro presidente señor José María Riera, a los miembros del Comité Ejecutivo de la Comunidad y al vice-asistente eclesiástico, representante del Superior General de la Compañía de Jesús. Habéis venido aquí hoy de modo de proclamar públicamente, durante este Gran Jubileo del Año 2000, la intención de que Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, sea el verdadero centro de la vida apostólica de toda vuestra Comunidad.

Vuestra es la larga y rica tradición de las congregaciones marianas, cuyo origen se remonta al siglo dieciséis, a la iniciativa de San Ignacio de Loyola y sus compañeros. Durante los siglos siguientes, los Papas han apoyado y propiciado el apostolado de las congregaciones, también a través de la publicación de documentos pontificios. En 1968, las congregaciones marianas reunidas en una Federación Mundial, pidieron al Papa Paulo VI que aprobara los nuevos *Principios Generales y Estatutos de la Federación*, y en 1971 se modificó el nombre de las congregaciones a "Federación Mundial de Comunidades de Vida Cristiana". Más recientemente, en 1990, con la aprobación de los *Principios y Normas Generales* por parte de la Sede Apostólica os convertisteis en la "Comunidad Mundial de Vida Cristiana". A pesar de estos cambios de nombre y estructura, la Comunidad permanece fiel a las raíces espirituales comunes que comparte con la Compañía de Jesús, así como leal a la tradición ignaciana que heredó.

Hoy por hoy estáis presentes en cincuenta y ocho países de todo el mundo como una comunidad unida de hombres y mujeres laicos llevando el testimonio de Jesucristo y trabajando para construir Su reino. Obtenéis vuestra inspi-

ración y fortaleza para esta tarea de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. El énfasis que ponéis en la profunda y completa formación cristiana es de especial beneficio y os ayuda a cumplir con vuestro apostolado. Como laicos, estáis llamados a ser fieles testigos de Jesucristo en todas las esferas de la vida: en la familia, en el desempeño profesional, en los mundos de la política y la cultura, en vuestras comunidades eclesíásticas locales a las que pertenece cada uno. Y estoy contento de saber que, como líderes de la Comunidad de Vida Cristiana, habéis invitado a vuestros grupos individuales a cooperar más estrechamente durante ese Año del Jubileo con sus pastores locales y a fortalecer los lazos de unión con los obispos diocesanos.

En obediencia al “poder de Dios para la salvación” (*Romanos 1:16*), os empeñáis a llevar al corazón de la cultura humana las enseñanzas de la Iglesia, que iluminan y guían la búsqueda de una sociedad más justa y fraterna. Sois especialmente sensibles a la necesidad de llevar el Evangelio a todas las áreas de la realidad humana, pues “la Buena Nueva de Cristo constantemente renueva la vida y la cultura del caído y no cesa nunca de purificar y elevar la moral de los pueblos” (*Gaudium et Spes, 58*). La capacidad de responder a este desafiante apostolado proviene de vuestros esfuerzos diarios de estar conformes con Cristo, viviendo en Su gracia y teniendo dentro de vosotros las mismas actitudes de Cristo (cf. *Phil 2:5*). A través de la fiel adherencia a estas altas metas, enriqueceréis vuestras propias vidas de fe y vuestro testimonio de Jesucristo en la sociedad moderna dará abundantes frutos en la vida de la Iglesia.

Os invito a mantener frente a vuestros ojos vuestra historia y tradición, especialmente la comprendida en las antiguas congregaciones marianas de las que las comunidades presentes derivan su inspiración espiritual. Renovad vuestra confianza en la Santísima Virgen María, madre de nuestro Señor Jesucristo y madre nuestra. Su ejemplo de fe y oración os guiará a niveles cada vez más altos de servicio a la Iglesia y a la sociedad. Es ella el ejemplo más elocuente de obediencia al Señor y de aceptación de Su voluntad; con ella como modelo, ciertamente Jesús estará al centro de vuestra vida y apostolado. Invocando para todos los miembros de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo, cordialmente os doy mi Bendición Apostólica.

Ciudad del Vaticano, 21 de febrero de 2000.
(L'Osservatore Romano, 22/02/2000)